

todas partes, y era de ver los primores que el pueblo había amontonado en todo el tránsito que tenían que recorrer. Las calles estaban completamente tapizadas de ellas, los arcos triunfales ostentaban las coronas y atributos de la casa, y de todos los balcones llovían flores y palomas sobre las viajeras, que eran á la vez saludadas por las damas, que hacían flotar en el aire sus pañuelos blancos en señal de contento y alegría.

Durante tres días se verificaron grandes corridas de toros, torneos, bailes, máscaras, fuegos artificiales y magníficas funciones de Iglesia, en que apareció la iglesia mayor decorada suntuosamente é iluminada hasta las últimas cornisas. La duquesa estaba admirada de tantos obsequios y regocijos, no sabiendo con qué pagar aquellas muestras de simpatía y entusiasmo con que sus vasallos celebraban su presencia y rendían culto á sus acrisoladas virtudes.

Pasados aquellos días de fervor y de júbilo, decidióse á satisfacer aquella deuda de gratitud con la magnificencia que ella hacía sus cosas y le trajo gran menoscabo en sus intereses, justificando así la opinión de su hermano D. Gonzalo.

Bondadosa por carácter y caritativa por tem-

peramento, empezó á usar de su liberalidad, premiando á unos y honrando á otros, socorriendo á los necesitados y dando cuantiosas limosnas á las casas de Beneficencia y á los conventos, especialmente al de San Martín, por el que tenía singular predilección. No hubo un pobre en la villa que no sintiese el bien de su munificencia, ni una familia necesitada que no se viese socorrida con la prodigalidad que ella usaba con todo el que sufría escaseces en su presencia.

Cumplióse el año de la muerte del duque, á quien doña Francisca debía aquella envidiable posición, y cuyo recuerdo era sagrado para ella, y ya pensó en dar estado á su sobrina, que era pretendida por más de un grande de la época, gracias á su incomparable belleza, sus excelentes cualidades y la risueña perspectiva de la futura herencia.

III.

Era el día de Navidad de 1579.

La jóven Ana se levantó temprano, y pasó á las habitaciones de su tía, para darle las Pascuas.

Esta estaba levantada y escribiendo.

Cuando entró doña Ana y la saludó, la dijo aquélla:

—También tengo yo que darte las Pascuas, y espero hacerte un regalo que aceptarás.

Las dos se sonrieron.

—¿Y cuál es ese regalo?

—Te voy á regalar un marido.

—Cuando vos, tia, lo habeis elegido, yo no puedo oponerme, porque sé quereis lo mejor para mí.

—Eso no debes dudarlo.

—¿Y quién es, tia?

—Mira esta carta; ya le recordarás tu: estuvo en Belalcázar hace seis ó siete años á hacerme una visita, y dice que esperaba que la niña fuera mujer, para tratar esa union.

—¿Conque desde niña me queria?

—Lee su carta, es expresiva; pero queria contar con mi voluntad al mismo tiempo que la tuya.

Doña Ana leyó con avidez, viéndose la alegría reflejarse en su semblante; luego añadió:

—Sí, aquí al final dice: «Comprendí que era una hermosa flor naciente, que era un ángel, y que á su lado estaria como en el cielo; y aquella impresion, que no se ha podido borrar en siete años, me ha ido pintando á esa mujer ó ángel cada dia más celestial, más divino, hasta

que ya mi corazon ha comprendido que puedo gozar á su lado un paraíso.—*Juan de Guzman.*»

—¿Y quién es éste? No recuerdo....

—Es el conde de Teba y marqués de Har-
dales.

—¿Aquel que me compraba dulces todas las tardes cuando íbamos á la fuente de la salida del pueblo?

—¿Ves cómo te acuerdas?

—Por eso de Teba; pero el nombre no recordaba.

—¿Y qué le contesto? ¿Tú quieres?...

—Yo tia, lo que vos querais.

Y doña Ana se puso encendida como la grana.

—Tú dirás qué le contesto, porque le estoy escribiendo.

—Decidle, que si consiste su paraíso en mi cariño, que desde luego será ese paraíso para los dos.

Doña Ana volvió á ruborizarse al decir eso con la sencillez de su alma.

—Si tú eres contenta, yo lo soy más.

—Casi lo queria yo; le tenía simpatía desde que me compraba los dulces.

—Entonces tenía veinte años; hoy tiene veintisiete, y su figura es arrogante: tu tienes diez y seis, de modo que es una boda igual.

—Vos disponéis de mí, y casi dispongo yo, al recordar lo que ese jóven me quería cuando niña.

—Pues ese amor ha crecido con el tiempo, y se ha hecho gigante.

—Yo lo querré tanto como él á mí.

—Firma esta carta.

La jóven firmó sin vacilar la carta que su tía le presentaba.

—Este es el compromiso formal; luego vendrán los contratos matrimoniales.

—Sólo deseo tu felicidad, y creo la conseguiré.

Doña Ana besó con efusion á su tía.

IV.

Eran los últimos dias del mes de Enero de 1580.

En el palacio de Cabra se veía más animacion que nunca, y en la torre que daba sobre el puente del Junquillo se veía á doña Francisca y á su sobrina, mirando hácia el camino de Córdoba como si esperasen á alguien.

En efecto, á eso de las tres de la tarde se divisó un grupo de caballos que pronto cruzaba por el refrido puente.

Era D. Juan de Guzman, conde de Teba y marqués de Hardarles, con su lujoso acompa-

ñamiento, el cual abandonó el caballo al llegar á la puerta del palacio.

Doña Francisca lo recibió con el mayor contento, y al decirle: ésta es vuestra futura, don Juan se quedó asombrado, diciendo:

—Ya me figuraba yo que sería un ángel pero hasta ahora no habia podido comprender lo que era la hermosura de un ángel.

La jóven bajó los ojos y se sonrió.

Pero desde luego se adivinaba que la bizarria y apostura del mancebo le habian prendado.

Una mirada furtiva y un suspiro, fué la señal inequívoca de que su tía habia acertado en la eleccion.

—Ahora lo que falta saber, dijo él, es si os habeis arrepentido al verme, ó si vuestra palabra está en pié. Yo hace siete años que pienso sólo en vos, y que mis sueños han sido poseer ese corazon que ha sido toda mi esperanza. Yo he nacido para quereros, y no he podido vencer esta idea. ¿Y vos?

—Mi tía os ha dicho ya.....

—Pero necesito que vos lo digais.

—Os lo escribí.

—¿Pero no habeis variado al verme?

—Vos necesitábais un ángel para vuestro paraiso: si mi cariño es ese paraiso, ya lo teneis, pero os falta el ángel.

—Si tengo vuestro cariño, tengo mi ángel y mi paraíso.

—Y yo tendré todo lo que deseo, que es mi felicidad.

Doña Francisca se echó á llorar, lo cual enterneció á su sobrina, que se arrojó en sus brazos también llorando.

Don Juan decía entre tanto:

—No me engañaba, es el ángel de la pureza y el candor: he encontrado el hermoso eden que soñaba.

V.

Apénas pasaron quince días, cuando el palacio de Cabra apareció lujosamente adornado, notándose en todo su interior un movimiento inusitado.

Las gentes se agolpaban á sus puertas, donde se repartían cuantiosas limosnas.

De todas partes acudían elegantes damas y apuestos caballeros.

Reinaba la alegría por todas partes, y el contento se veía pintado en todos los semblantes.

¿Qué pasaba en aquel palacio, tan silencioso hacía poco?

Era el día 15 de Febrero, señalado para las bodas de doña Ana de Tolédo y D. Juan de

Guzman, las cuales se celebraron con gran regocijo, repitiéndose los festejos acaso con más lucimiento que año y medio ántes, porque el pueblo, agradecido á los continuos favores de la duquesa, no omitió medio para que las fiestas fuesen todo lo esplendorosas y brillantes que lo habian sido anteriormente.

A fin de que los recién casados gozasen aquellos dias con toda la libertad y el encanto que el caso requería, la duquesa se retiró á Baena, que dista tres leguas de Cabra y era cabeza de sus Estados; villa, segun dice su historiador «no ménos noble ni ménos rica ni suntuosa que la villa de Cabra, y en la cual tiene y han tenido los duques de Sessa siempre un palacio, el cual trataron de irse más tarde ellos cuando doña Ana, pasado algun tiempo, advirtió los primeros síntomas que le anunciaban iban á ser madre» (1).

La duquesa, en tanto, visitó los Estados de Baena, donde fué recibida con el mismo júbilo y entusiasmo que en Cabra, y donde repitió las mismas limosnas, esmerándose con el convento de Madre de Dios, que era, segun un cronista, de la Orden «célebre en Andalucía por la santidad, nobleza y observancia de las monjas que

(1) Vega Murillo; *Historia de Cabra*; M. S.

lo han poblado desde su fundacion primera» (1). Pocos meses despues llegaron los marqueses, con objeto que doña Ana diese á luz al lado de su tia, á quien habia agradado sobremanera aquella villa, donde, desde el primer dia, se granjeó las mayores simpatías.

Ella se alegró mucho de tener consigo á su sobrina, á la que tanto queria, y cuya felicidad habia procurado, aun cuando no llegó á serlo completamente, como tendremos lugar de ver más adelante.

PARTE SEGUNDA.

AMOR DIVINO Y AMOR MUNDANO.

I.

Doña Ana de Córdoba, que ese nombre pusieron á la hija de los marqueses de Teba y Haredales, nació, segun unos biógrafos, en Baena, y segun otros en Cabra, en el dia 13 de Marzo de 1581, en que celebra la iglesia á San Rodrigo, uno de los santos naturales de esta ciudad, por lo que el nacimiento de doña Ana en tal

(1) Sigüenza; *Historia de la Orden de Santo Domingo*.

dia, lo atribuye un biógrafo á decreto providencial (1). Ello es, que la niña se educó en Baena al lado de su tia doña Francisca, que la llamaba su nieta, y de su madre, que se miraba en ella, contribuyendo las dos á criarla con todo el esmero que ella merecia por la capacidad é inteligencia que revelaba desde sus más tiernos años. La niña reunia, á una disposicion superior, un corazon henchido de sentimiento y una santidad de creencias que armonizaba con su religioso ardor y su virtud inmaculada.

A los ocho años leia y escribia correctamente en latin, y á los diez se encontraba hecha una doctora en humanidades, y tan versada en las Sagradas Escrituras como un padre de la Iglesia. Las vidas de los santos las sabia de memoria hasta en sus menores incidentes, ostentando una erudicion maravillosa, de tal modo, que no era posible encontrar á sus cortos años, persona más entendida que ella en asuntos de historia y de religion, siendo atinadísimas las observaciones que hacía sobre los pasajes más difíciles de ésta; así es, que conocia y explicaba magistralmente todos sus misterios, y no habia libro sagrado ni de historia que no conociese á fondo, manifestando unos conoci-

(1) Gutierrez de Espejo.
TRADICIONES DE CORDOBA.

mientos en todo lo que trataba, que pasmaba á sus oyentes.

En medio del asombro que causaba aquella precoz inteligencia, una mañana, cuando apenas contaba doce años, dejó admirados á sus padres y su tia, cuando presentándose á ellos les dijo:

—He resuelto irme al convento de San Martin de Cabra á consagrarme á Dios.

—Hija mia, la dijo su madre, mira que no tenemos más hija que tú.

—Eres jóven, madre, y sabe Dios.

—No, no, hija mia; eres la esperanza de tu tia, que no tiene más heredera que tú.

—Me sobran con los bienes del cielo.

—Es imposible, dijo su tia, mis Estados te esperan. .

—No quiero más Estados que los de la religion.

—¿Pero no me quieres tanto, no me llamas tu abuelita?

—Y os llamaré siempre, y á Dios pediré por vos y por mis padres en mis oraciones.

—Yo te necesito, no puedo pasar sin tí, tu espíritu me alienta, me vivifica...

—Madre, yo no os olvidaré, seré vuestra hija agradecida, mi pensamiento no se apartará de aquí, y cuando lloré en la soledad del claustro,

mis lágrimas las partiré entre Dios y mi familia.

—¡Por Dios te lo pido! ¿Sabes que tu padre sale para Oran de gobernador? ¿Sabes que tendré que partir con él? Pues bien, yo no me separo de tí; sería abrir una herida en mi alma para precipitar mi muerte.

—Partid sin mí, yo seré quien pida á Dios desde mi retiro por vuestra felicidad; seré intermediaria para el cielo, que oirá mis ruegos y bendecirá mis lágrimas.

—¡Hija de mi corazon!

—¡Madre mia!

Y las dos se abrazaron y mezclaron sus lágrimas como se mezclan dos gotas de agua.

Una de las doncellas de doña Ana se abrazó también á ella, diciéndola:

—Yo viviré y moriré con vos; yo no puedo separarme de vos; dormiré á vuestros piés y los humedeceré con mi llanto.

Doña Francisca no podía hablar, ahogada por los sollozos.

La casa reflejaba la lobreguez y el sombrío aspecto de un duelo.

II.

En vista de aquella vocacion, verdaderamente prodigiosa, y de aquella severidad de doctri-

nas, capaz de purificar el alma ménos susceptible al sentimiento de Dios, su tía y su madre no quisieron contrariar su invariable resolución de consagrarse á Dios, esperando cambiase ésta cuando tuviese más conocimiento del mundo, y acordaron enviarla á Cabra para que tornase el hábito de novicia en el convento de San Martín, al que profesaba entrañable cariño.

Naturalmente, su tía, que pensaba nombrarla heredera de aquellos pingües Estados, no se decidía á que resueltamente abrazase la suerte del convento, sino á ganar tiempo, á fin de que cuando fuese mayor, concibiese otras inclinaciones. Doce años tenía cuando ingresó en el convento de San Martín, en medio del más estremado contento, mayormente cuando al entrar supo arrastrar un alma de las que más le querían, que no tuvo valor para separarse de ella. Las dos jóvenes se abrazaron llorando, y de este modo traspasaron los umbrales de aquella santa casa, de la que no restan ni ruinas. Doña Ana de Castro, su doncella, fué aquel alma generosa que quiso seguir su suerte y no permitió que la hablasen en contrario. Anegada en llanto, abrazada á su niña, y con un Crucifijo en la otra mano, que regaba con sus lágrimas, se apartó de las glorias mundanas para vivir y morir al lado de doña Ana. Semeiante

abnegacion asombró á todos los circunstantes, y doña Francisca se encargó del dote de la doncella, á la que tambien queria entrañablemente.

En este estado las cosas, ocho dias despues de la entrevista con su madre, salia una larga y brillante comitiva por el camino que se dirige á Cabra. En ella iban el marqués de Teba y su mujer, la niña Ana y su doncella, además de un numeroso séquito de caballeros y escuderos que iban por respetos á los marqueses.

Cuando subian á la cúspide de la sierra, que dá vista á Baena, veian ondear un pañuelo blanco desde la torre de las Arqueras.

Era doña Francisca, que despedía á su sobrina con aquella demostracion de cariño.

Tres horas despues daban vista á los muros de Cabra, que la pobre niña vió aparecer entre la mayor alegría.

Apénas llegaron á las puertas del convento, el marqués y la marquesa la abrazaron y la dijeron:

—Estamos á la puerta de San Martín; ¿insistes en tu intento?

—Estoy resuelta á entrar, para no salir.

La marquesa vaciló, pero cedió á una seña del marqués.

—¡Adios, alma mia, y no quiera Dios te arrepientas!

—Siempre me quedan tus brazos, madre.

—Sí, hija mía, y mi corazon.

El padre besó á la hija y separó á la marquesa, cuyos labios parecian incrustados en los de su hija.

Un momento despues, doña Ana y su donce. lla penetraban en el convento, cuyas puertas se cerraron como la losa del sepulcro.

Los marqueses, pensativos, tristes, y como si llevaran una lápida de plomo en el alma, regresaron á Baena al día siguiente, sin volver á ver á su hija.

El marqués conocia que aquella separacion mataba á su mujer, y quiso librarla de nuevas y dolorosas impresiones.

III

Pronto doña Ana se granjeó las simpatías de toda la comunidad, que no sólo por su elevada alcurnia, sino por su alta inteligencia, la respetaban y admiraban envidiando aquel celo divino, aquel carácter bondadoso y aquella acrisolada virtud.

Al año de estar allí, la fama de su santidad cundió por todas partes, y era tanto lo que se decia de sus creencias y de su bondad en el claustro, que las gentes de Baena iban en ro-

mería á Cabra, para cerciorarse de la verdad. La niña, conforme crecia en años, iba creciendo en amor á Cristo, deseando por momentos pronunciar el juramento que habia de unirla á él para siempre.

Desde el primer instante trabó íntima amistad con otra jóven monja, natural de Lucena, Francisca Cortés, á la que queria como hermana, porque profesaba un amor infinito á la virtud y una adoracion idólatra á la santidad, como ella.

Como algunas monjas tratasen alguna vez de recordarle sus títulos ó la nombrasen por ellos, ella las contestaba que no la diesen más título que el de *Ana del Espíritu Santo*; Ana, porque significaba gracia, y Espíritu Santo, porque era el nombre de su esposo.

Una mañana, despues de oír misa, se acercó Francisca Cortés á Ana, y la dijo:

—¿Me quieres, Ana?

—Sí; mucho, mucho.

—Y yo te quiero tanto, que no podría vivir sin tí.

—¿Y por qué me dices hoy eso, si lo sabes?

—Porque tengo que darte una noticia.

—¿Es mala? ¿Alguna desgracia?

—Tengo carta de tus padres.

—¿Y qué les pasa?

El blanco semblante de la niña tomó una palidez mate extraordinaria.

—No les pasa nada, sino que ayer han salido de Baena.

—¡Ingratos! sin venir á verme.

—No ha querido tu padre, para evitar sufrimientos á la marquesa.

—¡Pobre madre mia!

—¿Quieres leer la carta?

—Sí; la leeré y la besaré.

—Es una despedida tierna, llena de melancolía.

Y las lágrimas de Francisca asomaron á sus ojos, porque aunque era una niña de diez y seis años, poseía un sentimiento verdaderamente cristiano.

—Ana tomó la carta temblando; cuando la iba á abrir, dijo á la otra como asaltada por una ida.

—¿Vienes al coro?

—¿Qué vamos á hacer ahora allí?

—A rogar á Dios para que los lleve con bien.

Y aquellas dos almas inocentes se fueron al coro, como se van los ángeles al cielo.

IV

El rey Felipe II habia nombrado al marqués gobernador de Oran, para donde en efecto sa-

lió acompañado de su mujer, que no permitió separarse de él, por lo mucho que le quería.

Antes de partir le escribió una carta á su hija, enteramente de despedida, y demostrándola ambos esposos, la pena que les afligia el separarse de ella, único consuelo que les quedaba en la tierra.

Ana les habia escrito hablándoles de su profesion cuando cumpliese el año de clausura, y ellos nada la contestaban á esto.

Aunque el marqués tenia un año de licencia para hacer sus preparativos y arreglar sus negocios, no quiso usar de ella, y salió precipitadamente para Orán.

Algunos creyeron que aquella repentina resolucion del marqués tenia por objeto prorogar aquella ceremonia, y ver si de este modo podia disuadirla de tales inclinaciones, que ellos habian alimentado en vez de desvanecerlas, porque la habian consentido en ello, y no podian ya volverse atrás sin causarla un sério disgusto.

Pasaron diez meses, y la niña, viendo que se acercaba el plazo deseado, volvió á escribir á sus padres á Orán, para que hiciesen los preparativos con objeto de que todo estuviese corriente cuando se cumpliese el año.

Sus padres volvieron á escribirle y á desentenderse de su peticion.

Esto la hubiera desesperado, á no estar tan arraigada la resignacion en su alma.

Pedia á Dios en sus rucgos que la librase de un mal pensamiento, y se mostraba conforme, pero tornando á escribir á sus padres.

Estos volvieron á guardar silencio sobre el particular.

La niña lloraba en su celda, y comunicaba sus tristes impresiones á la Cortés y á su doncella.

Estas la consolaban y la hacian creer que Dios atenderia sus plegarias.

—¿No ves qué abandono? La decia á Francisca.

—Será que tus padres van á venir.

—Entonces lo dirian.

—Confía en Dios, que es grande y misericordioso.

—Confío en él, y le pido de todas veras me saque de esta situacion aflictiva.

Mira, anoche, despues de rezarle, le escribí estos versos, pidiéndole me amparase en mi desconsuelo.

Hay que advertir que la jóven era poetisa religiosa, como lo prueban estos versos, que con otros varios que veremos más adelante, demuestran lo vasto de su talento y lo brillante de su imaginacion.

Las tres jóvenes siguieron en estos comentarios, encaminados siempre á consolarse mutuamente y disuadir á doña Ana del olvido de sus padres.

En estas dudas y estas cavilaciones pasáronse otros dos meses; cumpliéndose el año de haber entrado doña Ana en el convento: entónces llamó á sus compañeras y las dijo:

—¿Qué hago abandonada así? ¡Aconsejadme!

—Que esperes, la dijeron, ¡Dios te ayudará.

—Teneis razon; el Salmo dice: «Por la misericordia de los pobres y los gemidos de los necesitados, me levantaré.» Dios se levantará por mí, puesto que lo necesito.

—Mira, la dijo Francisca, todas venimos á sufrir al mundo.

—Por eso Senéca dice: «Que la vida es un largo tormento de muerte.»

—Pero allí está la recompensa, dijo Francisca señalando al cielo.

—Sí, pero dice San Agustin: «La pobreza es el camino del cielo,» y yo, dicen, soy rica.

—Ya sabes tú que San Bernardo bajó á buscar la pobreza á la tierra desde el cielo; tú bajarás tambien desde allí á buscarla.

—¿Y bajarás tú conmigo?

—Yo iré contigo á todas partes: viviré á tu lado, y moriré cuando tú mueras.